

Las Elecciones de 1993:

Jugamos con fuego

Corremos el riesgo de banalizar el acto electoral. La pérdida de legitimidad del sistema de partidos está afectando también a la democracia como régimen político. La identificación entre sistema de partidos y democracia carga sobre ésta los males de aquél. Las reacciones críticas o de indiferencia contra el sistema de partidos, repercuten, muchas veces sin quererlo, sobre cualquier forma democrática.

Las elecciones sufren especialmente ese impacto. El sistema de partidos fue «electoralista». Convirtió la votación en el momento culminante de la participación de las masas, pero con unas elecciones diseñadas para fortalecer el pacto político fundacional. Durante varios lustros el mecanismo funcionó a la perfección. Poco a poco la conciencia política del electorado se sintió incómoda dentro del modelo de votación impuesto. Comenzó así la presión por convertir las «votaciones» puntofijistas en elecciones. Se luchó por las elecciones municipales separadas, por la uninominalidad, por la despartidización de los organismos electorales...etc. Algunos pasos se han dado, pero podemos salirnos del camino.

¿Llegaremos a las elecciones?

La inestabilidad política de los últimos años, producto de la profunda crisis de legitimidad del sistema de partidos, ha llegado a poner en cuestión la realización misma de las elecciones de 1993. La reacción popular el 27 de febrero de 1989 contra un gobierno producto de una altísima votación, los intentos de golpe de Estado del 4 de febrero y 27 de noviembre de 1992, la frustración producida por la proliferación manifiesta de «delitos electorales»

en las elecciones de Gobernadores, Alcaldes y Concejales Municipales del pasado, el desprestigio de los partidos políticos y de las organizaciones partidizadas (sindicatos, gremios...), el aumento de la violencia social, los primeros brotes de terrorismo de derecha, la sustitución de Carlos Andrés Pérez en la Presidencia de la República para ser sometido a juicio por peculado y malversación... parecían indicar caminos distintos a la contienda electoral.

Al momento de instalarse el gobierno de Ramón J. Velásquez pocos apostaban a la realización de las elecciones de diciembre de 1993. A menos de un mes del 5 de diciembre parece que se ha logrado la estabilidad suficiente para garantizar el hecho de las elecciones.

Los riesgos vienen ahora de otra parte. El empobrecimiento de la mayor parte de los venezolanos y la frustración del futuro imaginado para la inmensa población joven del país afectan directamente a las elecciones. Por una parte se ha producido una alarmante indiferencia juvenil, apenas una tercera parte de los «nuevos electores» se inscribieron en el Registro Electoral. Por otra, aumenta el número de electores que manifiestan su decisión de no acudir a votar, en muchos casos como forma de expresar su disconformidad con la evolución de la sociedad venezolana. La confianza en el instrumento electoral se ha deteriorado alarmantemente.

Los pasos avanzados en la reforma del sistema como el establecimiento del voto uninominal por circuitos para elegir la mitad de los Diputados al Congreso Nacional, la inclusión en la Ley del Sufragio del nombramiento de dos miembros «independientes» (es decir, no militantes de organizaciones políticas) en el Consejo Supremo Electoral y dos miembros independientes en cada una de las mesas de votación, no han calado en la conciencia popular. En parte por falta de una adecuada información, pero también porque, aunque se aprueba la Ley no se dan los pasos a tiempo: el Congreso tarda en nombrar los nuevos miembros «independientes», con lo cual se alimenta la desconfianza, porque mientras tanto se van tomando decisiones en el Consejo Supremo Electoral con mayoría de representantes de partido y crece la sensación de que se hacen «manejos» para que las designaciones no afecten la correlación de fuerzas. En otras palabras, se percibe que no se quiere hacer realidad la Ley aprobada porque se pretende evitar cualquier cambio real.

El Consejo Supremo Electoral carga también con las consecuencias de la crítica al sistema de partidos. No ha podido cambiarse la percepción generalizada de que es un instrumento de los partidos del orden establecido. El cuerpo de profesionales que se ha venido formando en el interior del CSE, cuyo trabajo hace posible el complejo proceso electoral, tiene que vencer las resistencias partidistas internas y sufrir las consecuencias de la imagen distorsionada que se tiene del funcionamiento del organismo electoral.

Más grave aún es que al acercarse el 5 de diciembre la campaña, que se ha centrado en ataques personales entre los candidatos con mayor opción según las encuestas, más que

en el debate sobre las medidas a tomar a corto plazo y el modelo de sociedad que queremos, asoma la posibilidad de trampas electorales, se amenaza veladamente con el desconocimiento de los resultados si no se produce éste o aquél. En fin, con mayor o menor conciencia estamos jugando con fuego.

Elegir votando

La recuperación de la confianza en el voto y en las instituciones que organizan y supervisan los procesos electorales es un desafío para quienes creemos que la democracia política es el sistema por el cual se deben regir

las decisiones colectivas de los venezolanos a corto, mediano y largo plazo. El ejercicio de la democracia no se reduce al voto. Pero sin voto no es posible un mínimo de democracia. La mínima garantía para vivir en democracia es la existencia de canales electorales en los que se pueda participar fácil y masivamente y sobre los que no exista la menor sombra de duda. El votante tiene que estar seguro de que su voto es respetado tal y como lo emitió. Debe tener todas las garantías de que no va a ser anulado o imputado a un candidato, partido o idea (en los casos de referenda) distinto al que quiso. Esta perogrullada no es obvia en Venezuela y explica parte del rechazo a participar en las próximas elecciones. Después de haber sido pioneros en un mecanismo electoral que facilitaba el voto masivo hemos llegado a la crítica situación actual en la que los electores desconfían de la pulcritud de los resultados. El peso de las elecciones del próximo 5 de diciembre en la recuperación de la confianza ciudadana en los organismos electorales y en el voto como modo de participar en la escogencia de los gobernantes es muy grande.

Del resultado de la próxima consulta electoral dependen importantes decisiones sobre el futuro de Venezuela. No estamos frente a un simple cambio de guardia en los responsables del Estado y del Gobierno. Vivimos una transición profunda y compleja que requiere la reconstitución de las relaciones básicas de la sociedad venezolana. Estamos frente a una auténtica «elección» entre diversas posibilidades de modelar el porvenir.

La democracia es un modelo político fundamentado en la participación consciente de los ciudadanos que eligen votando. Eligen sus representantes para que legislen, a sus gobernantes para que cumplan y hagan cumplir las leyes. En ocasiones «constituyentes» eligen también el horizonte hacia el cual se quiere dirigir la sociedad y los caminos para llegar a él.

En la actual situación venezolana una contribución de gran importancia para el futuro democrático de nuestras relaciones sociales es elegir votando. Con la decisión de ir a votar se escoge el camino de la democracia para dirimir los conflictos sociales. Con el voto que se emite se señala la preferencia entre las alternativas reales que se presentan. Acudir a votar en estas elecciones es reafirmar que se prefiere el camino de la participación ciudadana frente a otros caminos. Abstenerse de votar, como forma de protesta frente a los defectos del sistema de partidos, o como manera de mostrar el desacuerdo con las opciones existentes, aumenta la brecha entre gobernantes y gobernados, representantes y representados, haciendo más difíciles otros pasos en el camino de construir una democracia cuyo sujeto sea el pueblo venezolano.

La garantía de un proceso pulcro

Más aún, la garantía de un proceso electoral pulcro, de cuyos resultados no quepa la menor duda y sean reconocidos tanto por los candidatos a todas las instancias del Estado (Presidencia de la República, Senado, Cámara de Diputados y Asambleas Legislativas Estadales) es la participación de la ciudadanía, no sólo votando, sino vigilando el proceso: como miembros o testigos en las mesas

electorales, presenciando el conteo de los votos y la totalización de las actas en los centros electorales, neutralizando los intentos «partidistas» de tergiversar los resultados, acatando civilizadamente los resultados del proceso.

A tiempo y a destiempo hemos insistido en estas páginas en que no habrá democracia en Venezuela mientras el pueblo organizado no se convierta en el sujeto adulto de las decisiones colectivas. Estamos ante una nueva oportunidad de crecer como sujeto de la democracia, de ganarle terreno a quienes a base de acuerdos cupulares o cogolísticos se aprovechan de formalidades «representativas» para imponer a las mayorías sus propios intereses y formas de vida social. Sería no sólo personalmente irresponsable, sino socialmente antidemocrático dejarle el campo libre a quienes harán todo lo posible por llevar el agua a su molino, empujándonos, quizás, por la pendiente de la anomia y la anarquía sociales que lleva al polo opuesto de la democracia: el autoritarismo, en cualquiera de sus múltiples formas de dominación de unos pocos sobre el pueblo. No se trata de asustar a nadie ni de proclamar la «última oportunidad» de la democracia, simplemente porque no es así. Invitamos a tomar conciencia de la importancia del momento que vive el país y del proceso electoral en ese contexto. Nos jugamos avanzar con pie firme hacia la constitución de unas relaciones más democráticas o aplazar el proceso abriéndole la puerta a lo que no sabemos y, quizás, no queremos.